

CAPITULO I.

SUMARIO.

Invasión de los indios bárbaros.—Sus depredaciones en Haciendas y ranchos del Norte del Estado.—Disposiciones de las autoridades para perseguirlos y proteger á las familias que huían de ellos.—Su derrota por las tropas del Gobierno.—Auxilios suministrados por el Gobierno del Estado y por vecinos de Matehuala, Cedral y Catorce, para que las familias referidas pudieran volver á sus hogares.—Datos curiosos sobre los usos y costumbres de los indios.—Dificultades con la empresa del Tabaco para que devolviera el edificio de la cárcel de mugeres.—Es vencida en juicio.—Apuntes Históricos de ese edificio.—Pena de azotes á mugeres, a principios del presente siglo.—Extracto de una causa, con aplicación de tormento. á fines del siglo XVII.

El Prefecto del Distrito del Venado, en oficio de ocho de Enero de 1841, avisó al Gobierno del Estado, que por noticias recibidas del Sub-Prefecto de Catorce y de varias personas de Matehuala, Cedral y Vanegas, acababa de saber que los indios bárbaros, en número de 400, habían invadido el territorio del Estado, penetrando hasta la Hacienda del Salado, en cuya finca habían cometido las horrosas crueldades que acostumbraban.

La relación hecha por las autoridades de los destrozos y actos de crueldad de los salvajes, en los puntos que invadían, es verdaderamente conmovedora. El robo, el incendio y el asesinato á pausas gozándose y celebrando el lento martirio de las víctimas, eran los feroces hechos que marcaban el paso de los bárbaros del Norte. La Hacienda del Salado quedó enteramente desierta al cundir la noticia de la aproximación á ella de aquel terrible enemigo de la humanidad. Los rancheros de todos los puntos invadidos, en vez de reunirse para defenderse, cargaban con sus infelices familias, y sin más recursos que los que esperaban conseguir en los lugares donde llegaran, emprendían una marcha penosa, resignándose á perder sus hogares y animales y arrojando con las fatigas y la hambre, por tal de poner á salvo las vidas de sus hijos y esposas.

Las familias de la Hacienda del Salado que llegaron al Cedral el día 6 de Enero, informaron á la autoridad, que los indios se habían avistado en la Sierra frente á la misma Hacienda, y que un hombre que se les había podido escapar de Aguadulce aseguraba que los había dejado en horrible festín sacrificando al compás de las danzas á gran número de los cautivos que llevaban.

El Prefecto del Venado se trasladó á Matehuala y Cedral, para dirigir mejor las operaciones de defensa contra los indios, que se internaban más al Estado; estuvo recibiendo frecuentes noticias de las autoridades y vecinos del Distrito y la más extensa y verídica del Administrador de la Hacienda de Vanegas la trasladó en el siguiente oficio:

Prefectura del Distrito del Venado.—El Administrador de la Hacienda de Vanegas, D. Santiago de Artaza, en oficio fecha 6 que acabo de recibir me dice lo siguiente: “Ahora que son las 9 de la noche acaban de llegar algunas familias de la Hacienda del Salado, informándome D. Atanasio García que como á las 11 de ésta mañana salió de aquel punto, en donde había ya á cosa de media legua varios muertos y heridos por los bárbaros: que desde el camino se veía el incendio que habían causado en Clavelli-

nas y los polvos dirigidos al rumbo del Gago. A la vez recibo una comunicación del Sr. Juez 1.º de paz del Cedral en la que me manifiesta que los bárbaros están en la Sierra junto á la Hacienda del Salado, é iba ya á dictar algunas disposiciones para defensa de esta finca y alojar á las familias emigrantes, cuando me llegan otros varios avisos de los exploradores que he tenido avanzados en el camino. Uno de estos informa que á las 4 de la tarde entraron los indios al Salado, en número de cuatrocientos hombres, cometiendo mil crueldades, y que los pocos vecinos que quedaban y los de otros ranchos vienen desparvoridos á carrera tendida, cargando los hombres á los niños y enfermos que no pueden correr: que ya se ve el incendio de la Hacienda y que á su paso por Aguadulce incendiaron también este rancho.

Uno de los cautivos que los indios traían desde el tanque de la Vaca y que pudo huir al aproximarse al Salado, llega también en estos momentos con las primeras familias de que ha hablado el explorador. Se llama Cecilio Pagan, natural de Mexico, de la calle de Corchero; había estado en Béjar desde la capitulación de Pavón en la Hacienda de la Meca. Dice que son sobre 400 indios más que ménos, lipanes y comanches. Los mandan dos capitanes, uno indio y el otro hijo de San Juan de la Boquería, hermano del caudillo de aquel punto. A este lo obedecen el capitán indio y todos los demás. Vienen armados de flecha, chuzo y acha, pocos traen rifles. Informa, por último, que oyó decir al Capitán de San Juan de la Boquería, que habla bien el español, que desea venir hasta la Hacienda de Bocas, pero que por haberse ya acabado la luna de éste mes vá á retirarse para Monclova, y que vendrá en la luna siguiente.

Voy á socorrer á las familias que ya tengo aquí y á ordenar que se preparen alimentos y alojamiento para las que se dirijan á ésta Hacienda de las que vienen en camino; pero nos faltan armas á todos los vecinos de estos rumbos para atender á nuestra defensa.

La gente que ha llegado y que sigue llegando la concentraré en la casa grande y en sus inmediaciones, y estoy seguro que si logro armarla á toda, ayudará muy bien á los rurales de esta finca para pelear con los salvajes, y tal vez se consiga que ya no intenten pasar adelante. Si V. pudiera franquearme unos doscientos fusiles ó conseguirnoslos con el Gobierno, no solo haríamos resistencia á los bárbaros, sino que iríamos á combatir con ellos donde pudiéramos encontrarlos. El Señor Teniente Coronel Torres que me ofreció un auxilio de cincuenta hombres no lo ha remitido. En espera de que V. me ordene lo que á bien tenga, le protesto mi aprecio y consideración.

“Lo trascibo á V. para conocimiento del Exmo. Señor Gobernador del Estado, encareciéndole la necesidad que hay de armamento, para poner á estos pueblos en aptitud de que puedan defender las personas é intereses de la rapacidad y del exterminio que vienen sembrando las hordas de los bárbaros.

“Sírvasse V. aceptar las seguridades de mi consideración.

“Matehuala. Enero 7 de 1841.—Ramón C. de Zeballos.”

Los indios no pasaron del Salado, sea porque temieron internarse á puntos más poblados, ó porque se había acabado la luna, segun lo que oyó decir el cautivo Cecilio Pagan. Se volvieron por San Juan de la Boquería al rancho de D. Ignacio Arizpe, á tres leguas del Saltillo, y sabiendo el vecindario que venía en su persecución el General Reyes con fuerzas federales, enviadas por el General Arista, se reunieron los vecinos en número de 200 y salieron sobre ellos persiguiéndolos hasta el rancho de Peña y tomando el camino de los potreros de la Capellanía fueron alcanzados los bárbaros, á tiempo que les salía por opuesto rumbo la fuerza federal. Se trabó un reñidísimo combate en el que perecieron el Lic. Goribar, D. Andres Flores y otros vecinos del Saltillo, y heridos veintiocho vecinos de la misma Ciudad entre ellos el Señor D. Juan Flores.

La fuerza federal tuvo tambien bastantes muertos y heridos, y de los salvajes se recogieron ochenta y cuatro cadáveres. Los heridos nunca los dejaban en el campo, cargaban con ellos de la manera que podían.

Se encontraron además en el campo de los indios cuatro cadáveres de los cautivos que llevaban.

Los soldados y vecinos victoriosos quitaron á los salvajes diez cautivos, treinta y dos caballos y una gran cantidad de objetos que conducían de los robos que verificaban en los puntos que invadían.

A los pocos días fueron otra vez derrotados por fuerzas del Gobierno al mando del Jefe D. Juan J. Galán en el paraje del Sozo, entre el presidio de Santa Rosa y el de San Fernando de Aguaverde. En esta vez dejaron 41 cautivos entre hombres, mujeres y niños, y un abundante botín consistente en caballos y objetos domésticos.

El Señor Zeballos, las autoridades de Matehuala y Cedral y el Administrador de Vanegas, se manejaron perfectamente con las desgraciadas familias emigradas, y el Gobierno del Departamento mandó tambien repartirles quinientos pesos, para que pudieran volver á sus hogares.

Para la actual generación, y principalmente para las siguientes, será siempre motivo de curiosidad y de observación el conocimiento de los usos y costumbres de las tribus bárbaras, porque no estando léjos el día en que tendrán que desaparecer por su total exterminio ó porque vaya en ellas penetrando la luz de la civilización, su existencia en las fronteras de nuestra patria pertenecerá á la historia, y las relaciones que consten en los escritos ó que se trasmitan por la tradición constituirán verdaderas leyendas que nuestros descendientes verán con admiración é interés.

En la época en que las poblaciones de nuestra frontera con los Estados-Unidos, sufrieron tantas depredaciones de los indios bárbaros, la acción de nuestros Gobiernos era casi impotente para evitarlas. Las grandes distancias que había que recorrer por inmensos desiertos, desprovistos de toda clase de elementos para la manutención y abrigo de

las tropas, y aún de agua potable para apagar la sed, hacía imposible una persecución activa y tenáz contra los salvajes, limitándose las compañías presidiales y las demás tropas destinadas por el Gobierno á esa difícil campaña, á permanecer en las poblaciones para cuidarlas de un asalto, y á destacar partidas mas ó menos numerosas en seguimiento de los indios por el desierto hasta donde humanamente se les podía perseguir.

Cuando los gobiernos mejicanos gozaban de alguna tregua en nuestras constantes revoluciones, aumentaban el número de fuerzas y de elementos en la frontera, y entonces la persecución al salvaje era más eficaz y fructuosa, obligando á las tribus á remontarse hasta el territorio americano; pero como el Gobierno de los Estados-Unidos contaba con mejores recursos, y sobre todo con el inapreciable de la paz interior, desalojaba inmediatamente á los bárbaros de su territorio y los echaba otra vez sobre el nuestro, estableciéndose tranquilamente en los confines de los Estados de Coahuila, Chihuahua y Sonora, al amparo de nuestra impotencia, de los dilatados desiertos y muchas veces de la misma protección del Gobierno americano, que les proporcionaba armas y parque para sus incursiones á los Estados mencionados, con tal de que no hicieran perjuicios á las poblaciones mas allá de la raya de los Estados-Unidos.

La guerra del salvaje ha sido siempre horrorosamente destructora; pero en los primeros tiempos que no conocían las armas de fuego ni sabían manejarlas, y que carecían de otros útiles de campaña, la ventaja estaba del lado de sus perseguidores en el éxito final de un ataque, aunque los soldados ó vecinos que caían en sus manos eran cruelmente sacrificados; pero desde que los americanos empezaron á surtirlos de elementos de guerra y á permitirles que en su territorio se proveyeran de toda clase de recursos, la guerra que esas tribus hacían en nuestra frontera fué atrozmente desoladora, y se organizaban ya en partidos hasta de mil hombres para internarse al país llegando

como sucedió en el año que registramos hasta la Hacienda del Salado, y en el de 1847 hasta Morterillos á 15 leguas de San Luis.

Mucho tiempo tuvieron que sufrir esta calamidad los pueblos fronterizos cuyos habitantes se acostumbraron á pelear casi diariamente con los salvajes, y lograron adiestrarse de tal modo en el manejo del rifle y en la puntería, así como en la agilidad para defenderse en el caballo, que hacían la campaña contra los indios con mejor éxito que las tropas del Ejército.

Esa constante guerra de los habitantes de la frontera, y los progresos que nuestro país ha ido adquiriendo, han obligado á las tribus de los bárbaros á dejar en quietud á nuestras poblaciones fronterizas, retirándose á los Estados de Tejas, Nuevo-Méjico y Arizona, pertenecientes hoy á los Estados-Unidos, cuyo Gobierno ha celebrado convenios con ellos haciéndoles algunas concesiones para que permanezcan en paz.

Esto es lo que nos hace creer que al transcurso de algunos años esas tribus habrán desaparecido cruzada la raza con la sajona del Norte, ó destruida completamente si mas tarde vuelven á ponerse en acción, lo cual no es de esperarse porque en cualquiera de las dos fronteras, dados los elementos de que ahora pueden disponer los Gobiernos, encontrarían una muerte segura y su total exterminio.

Cuando esas tribus estaban establecidas en ambas fronteras y en campaña abierta contra nuestras poblaciones de uno y otro lado del río, salió á luz en la ciudad de Méjico un interesante informe sobre los salvajes escrito por el Sr. D. Manuel Payno y dedicado al Gral. D. J. María Tornel y Mendivil, del cual informe vamos á copiar lo que creemos mas importante para el objeto que dejamos apuntado, que es el de que nuestros descendientes conozcan algo de las costumbres y usos de una raza que ya no les tocará ver sino en las pinturas y en los anales que nosotros les dejemos.

“El vestido de los comanches consta de unos calzones ó *mitazas* de gamuza amarilla, perfectamente ajustados al cuerpo, y adornados por ambos lados con un fleco de la misma gamuza, y de una especie de levita de piel de cíbolo ó venado, llena de chapetas de plata y chaquira. Usan el cabello largo, trenzado con cintas de bayeta encarnada, y sus adornos son unas pulseras, una argoya en las narices, aretes y gargantillas de cuentas de vidrio. Las levitas suelen ser de bayeta azul ó encarnada, pues son los colores que prefieren, y las adornan con cuantas medallas, botones y cuentas pueden conseguir en las factorías de la frontera de los Estados- Unidos. El vestido de guerra de los capitanes es de mas lujo, agregando un penacho de cerda con dos cuernos de toro, un cendal de plumas esquisitas, y un *chimal* (*). Las mujeres visten regularmente un saco azul de indiana, unas pantuflas ó botines encarnados, y un capelo de gamuza, adornado de chapetas de plata y de chaquira.

Los comanches se alimentan de carnes de venado, de oso, de berrendo, de guajolote silvestre, y de todas las aves que cazan. No tienen horas regulares y señaladas para comer. Despues de dos horas de haber salido el sol, encienden un fogon, y en un palo ó asador, que suelen hacer con una baqueta de fusil, ensartan unos trozos de carne, y así que se ha dorado á fuego lento, comienzan á comer, y siguen ya comiendo indistintamente á cualquier hora del día, segun el estado de su apetito.

Roque, cautivo que vivió quince años entre estos indios, asegura que jamás se comen á las gentes, ni mulas ni caballos; pero yo he oído asegurar á unos indios cadós, que los comanches comen burro, mula y costillas humanas, fritas con manteca de cíbolo.

La educación que regularmente dan los padres á los hijos, se reduce á enseñarles á repetir con velocidad la fle-

(*) El *chimal* es una adarga formada de piel de toro, adornada con plumas, y pintado en ella un sol, que sostiene dos osos.

cha, á tirar al blanco con el rifle, á manejar diestramente el caballo, y á nadar y correr con agilidad.

En todos estos ejercicios adquieren una perfección admirable, y he quedado absorto cuando la ocasión me ha proporcionado ver algunas de estas muestras increíbles de superioridad sobre la naturaleza. Una vez, estando de visita entre los cherokees, dije á un chicuelo, que tendría doce años, que tirara con la flecha; buscó en efecto algun objeto, y vió en la copa de un arbusto una urraca que se balanceaba gozosa al impulso del viento. El muchacho se rió, comenzó á dar saltos, y lanzó por fin el dardo, que traspasó al pájaro. El río bravo del Norte es profundo, de mas de doscientas varas de ancho, y la masa enorme de aguas que trae, principalmente cercano al mar, lo hacen peligrosísimo, aun para los mejores nadadores. Pues bien, yo he visto arrojarse á una familia de *tancanhués* y atravesarlo, colocando sus armas, sus vestidos y sus hijos en la cabeza, con tanto desembarazo y rapidéz, como lo pudieran hacer los mismos pescados.

A las madres pertenece dar consejos á los muchachos en cuanto llegan á la edad de la razón. Estos consejos ó pláticas tienden á hacerles ver la utilidad de aprender con toda perfección los ejercicios de guerra, porque siendo (les dicen) los muchachos la esperanza de los ancianos, deben estar acostumbrados á las fatigas, y ser expertos en las astucias de la guerra, para que ningun enemigo haga daño ni arranque la cabellera del comanche, y se lleve sus caballos, sus armas y sus vestidos de guerra. Los exhortan á que primero mueran en medio de los tormentos, que rendirse é implorar el perdón de los enemigos. *Sé bueno con los de tu tribu, y enemigo de los enemigos de tu tribu, y compórtate con honradéz, porque si eres malo, todos echarán la culpa á los padres que te educaron.*

El idioma de los comanches es extremadamente dulce y musical; y tan rico en voces, que estuve diciendo á Roque multitud de palabras españolas, y todas me las tradujo. No he podido hacer una indagación minuciosa sobre el len-

guage, porque las explicaciones que se me daban eran muy confusas. Segun la pronunciación, he escrito algunas palabras y uno que otro canto de guerra. He vuelto á repetir las á Roque, despues de algunos días, y me ha comprendido. Es de advertirse, que el idioma comanche carece de artículos, cuya falta la suplen con las señas. La mayor parte de estos dialectos salvages abundan en alegorías, y los indios gustan mucho el que se les hable con un language cortado, metafórico y sentencioso. Creo que un indio que sepa español, comprenderá muy fácilmente la traducción del libro del pueblo de Lammenais, mientras no entenderá una sílaba de la historia de España, del conde de Toreno.

No puedo dejar de citar un rasgo que comprueba lo mucho que agrada á los indios el language figurado. Hace poco tiempo llegaron á Lampazos, procedentes de Natchitoches, el capitan de la nación *Cadó*, llamado Coyote, y otros seis gefes, con el objeto de ponerse á disposición del Sr. general Arista, y hacer la guerra, en union del ejército, á los comanches y Tejanos.

Un día entraron á la habitación del general uno tras otro, como acostumbran, con sus pantuflas de bayeta encarnada, con sus *teguas* llenas de flecos, y sus espaldas y piernas cubiertas de cicatrices. Todos con aquel desembarazo, aquella rusticidad impresa en sus rostros bronceados, taciturnos y desfigurados con el azarcón, las argollas y aretes, con aquel semblante amenazador, y en el cual está impresa la desgracia y la miseria. Se sentaron unos en el suelo, y otros en sillas, y la estatura alta, y robusta musculación del general, les hizo favorable impresión. Sonriéronse ligeramente, y uno de ellos, llamado Francisco, que comprendía el español, fué el intérprete, y expuso los motivos y objeto de la venida de sus compañeros; pero con una minuciosidad, con una exactitud, que acompañada con el language de la acción, no dejaba duda de cuanto decía. El general les manifestó que tenía mucho placer en que se establecieran en la frontera, que eran mexicanos, y que por

tanto debían unir sus intereses con los nuestros; que la sangre que corría por sus venas, era la misma que circulaba en la de los mexicanos; en fin, les dijo palabras que llegaron á su alma, y que les arrancó una sonrisa, prueba evidente que se habían despertado las afecciones de su corazón, de un corazón endurecido con las desgracias y el desierto. Era un espectáculo que conmovía al extremo, el ver á doce ó quince indios de musculaciones atléticas, medio desnudos y envueltos en una nube de humo, á causa del cigarro que fumaban, escuchar con exclusiva atención y recoger del intérprete una á una las palabras del general. Figuróseme ver á Guillermo Penn, concluyendo su tratado de paz y amistad con las tribus del Norte. Una de las promesas que hizo el Sr. Arista á los *cadós*, fué la de darles maíz, carnes y otros víveres, por el espacio de un año, mientras sembraban y cultivaban las tierras que se les iban á señalar. Francisco interpretó de esta manera: "Los mexicanos, nuestros buenos amigos, compadecidos de la miseria y penalidades de nuestros hijos, hacen el oficio de una tierna madre, que alimenta con la leche de sus pechos al niño hasta que está en estado de poder tirar la flecha y disparar el rifle á los venados. Los mexicanos nos mantienen por doce lunas, mientras el maíz sembrado espiga, y nosotros podemos mantenernos por sí solos como niños que hemos crecido." ¿Qué modo mas persuasivo, mas poético, mas tierno de expresarse?

Vuelvo con los comanches, y á tratar nada menos que de su creencia religiosa. Hace algun tiempo que á instancias mías dió á luz un español, D. Francisco Avalia, unas memorias del viage que hizo por tierra una compañía de comerciantes, desde Chihuahua hasta New-Orleans: dichas memorias se publicaron en un periódico que salía en Matamoros, llamado la *Brisa*. Recuerdo al escribir estos apuntes, que la descripción del terreno donde habitan las tribus comanches, está conforme con la que he hecho yo; mas hablando de algunos caracteres de los comanches, dice, que estas son unas tribus errantes sin creencia alguna.

No estamos conformes en este punto, y quizá será porque no me puedo figurar que haya una nación, un pueblo sin creencia. El figurarse un porvenir, el pensar alguna vez que es de nosotros cuando la muerte sobreviene; el alzar los ojos al cielo y preguntarnos, quién hizo esa bóveda azul, esas estrellas, esa melancólica luna, ese radiante sol, es una necesidad de todos los seres racionales. Los salvajes por fuerza han meditado en esto, y puede ser que con mas detenimiento que nosotros, que embutidos entre los edificios de las ciudades, apenas de vez en cuando nos acordamos que hay en la naturaleza un libro sublime de meditaciones, un cuadro primoroso, una tela donde pueden verse cada instante como en una fantasmagoria, formas y objetos diferentes.

Favorecido con estas impresiones, me dediqué con más cuidado á indagar la creencia de estos bárbaros. Efectivamente, me cercioré de que tienen idea de un Dios que ha criado los caballos, los montes, las llanuras, que dá agua á los ríos, ímpetu al viento y voz al rayo. Le llaman en su idioma *Taojap*, que quiere decir poderoso, infinito. *Capitán grande*. Creen que el capitán grande es el sol, el cual, pendiente de las obras que crió, sale todos los días á cuidar de su existencia y conservación. En cuanto comienza á salir el sol, se desnudan completamente; extienden los brazos, y le presentan el chimal. Aquí me ha ocurrido hacer mención de una cosa, que á mi modo de ver es singular, y es la semejanza que hay entre el culto que tributaba á Dios en Alemania un niño que despues fué gran poeta, y el que le rinde una tribu salvaje en el fondo de los bosques de México.

Goethe, á los siete años de edad, se levantaba á esperar la salida del sol; ponía una taza con unos carbones é incienso, y el primer rayo del astro reflejaba sobre un lente que tenía el niño poeta, y encendidos los carbones, el aroma del incienso subía al Cielo con la plegaria de la inocencia. Goethe, nacido en el centro de la civilización, le parecía lo mas hermoso, lo mas digno de la Divinidad el

aroma del incienso. El indio, nacido en el corazón de la selva, guerrero desde el vientre de su madre, ha creído que su escudo, sus armas y sus nervudos brazos era lo mas agradable á la divinidad. Goethe y el indio adoraban de la misma manera á Dios; pero la plegaria de Goethe es la del niño civilizado; la del indio es la del hombre natural. El talento enseñó á Goethe su religión, la naturaleza se la enseñó al indio. Goethe por admiración adoró al sol y el indio por convencimiento.

Los comanches ruegan al sol que les dé felicidad en las guerras, abundante caza de cíbolo, pasto para los caballos y salud para sus familias. Cuando emprenden algun ataque, es regularmente mirando al sol, y presentándole el chimal.

Los ancianos enseñan á los jóvenes, que despues de su muerte bajarán al centro de la tierra con sus armas y caballos, y encontrarán allí rios cristalinos, altos y frondosos castaños y nogales, praderas de flores y lindas cautivas. Este es un Edem como el que esperan los turcos, ó los campos Eliseos de los pueblos antiguos. Aquí me ha llamado la atención una cosa, y es la de que los pueblos poco civilizados, han ideado que las delicias que gozarán los buenos despues de su muerte, consistirán en habitar en medio de una naturaleza espléndida, risueña y mas hermosa que la del mundo. Las naciones mas civilizadas, ó al menos todos los católicos, no nos hemos nunca acordado de simbolizar las recompensas eternas con las cándidas y variadas escenas de la naturaleza. Parece que lo único bueno, lo único que en el mundo puede tener alguna semejanza con lo del cielo, es la música. Véanse si no, todas las pinturas de la gloria, ejecutadas aun por artistas célebres. Alcense los ojos á las cúpulas de las iglesias, y se verá pintado al Padre Eterno entre nubes, rodeado de los santos, y todos escuchando á los serafines, que tocan harpas, rabeles, flautas y dulzainas. Si yo fuera pintor, pero pintor como Samuel Durobrek, que daba movimiento en sus cuadros á las hojas de los árboles, que hacía co-

rrer los arroyos y balancear ligeramente las flores, pintaría un cuadro de la gloria en medio de un bosque de granados, de limones, de adelfas y de rosas, á las orillas de unas cascadas de agua cristalina, ó en el declive de una montaña magestuosa. ¡Oh! Hay tantas cosas más sublimes, mas dignas y mas hermosas que un rabel y una dulzaina, que me admira no hayan los pintores imaginado simbolizar la gloria de otra manera!

La creencia de los comanches está fundada en la revelación, pues dicen que un anciano lleno de valor murió y estuvo dos horas en el centro del mundo; que pasadas las cuales, le fué concedida otra vez la vida para que volviese á referir lo que había visto á los ancianos de su tribu, y éstos lo hicieran á los jóvenes. Cuando los indios están en algun cerro, siguiendo la analogía de su creencia, se les figura que andan por el valle las almas de los que han muerto.

Los comanches pueden casarse con una ó con cuantas mujeres quieran, y las condiciones que únicamente preceden, es el consentimiento del padre, hermanos ó parientes de la novia: si éstos acceden á la petición del galán, le entregan á la mujer, y sin otra ceremonia se instala el matrimonio. Regularmente las mujeres suelen ferirse por yeguas, caballos ó mulas. Las faltas conyugales no las castiga el marido ni por la primera, ni por la segunda vez; mas á la tercera el marido corta á su mujer la punta de la nariz, y le dice, *mia guaiþ anareche guap*, que quiere decir, vete de mi lado p. . . Las mujeres quedan entonces en libertad para disponer de su persona, y la marca de su infidelidad no impide el que vuelvan á contraer ventajosos casamientos.

Cuando se muere un indio, todos los parientes se reúnen al derredor del cadáver, comienzan á dar ahullidos lastimeros, se cortan las puntas de las orejas y se sajan el cuerpo con los cuchillos ó puntas de las flechas, tiran los adornos de plata, se arrancan las gargantillas, se cortan los cabellos y se llenan de tierra y ceniza la cabeza. Esta

costumbre es casi idéatica á la de los Israelitas, que rasgaban sus vestiduras y se cubrían de ceniza la cabeza. En seguida conducen al cadáver hasta el lugar donde ha de ser sepultado. Allí visten al difunto con sus mejores vestidos de guerra, le colocan sus armas y cubren el cuerpo con ramas de sauce. Concluido esto pintan los caballos del difunto con almagre y tierra roja, los amarran á una estaca clavada á la sepultura, y les dan muerte para que bajen sus almas á juntarse con la de su amo. El sentimiento de los indios y los lloros y lamentos, duran por lo regular quince días, alcabo de los cuales vuelven á recobrar su estoicidad habitual.

Todas las costumbres y usos referidos llevan un sello de singularidad, y son dignos de llamar la atención; pero al fin, solo para una leyenda de invierno, ó si se quiere, para adornar el archivo de un anticuario, pueden ser de alguna utilidad; pero los detalles sobre la guerra, deben meditarse con detención, así porque ellos son comprobados por la experiencia, como porque hemos sentido los tristes efectos de una táctica ventajosa y exclusiva de las naciones salvages.

Los que no han viajado por la frontera, creen que la guerra que hacen los indios es sin plan ni combinación alguna, y por consiguiente insignificante. No es así por desgracia. Antes de que se decrete la guerra, prece.le un consejo solemne. El gefe ó presidente de él llena una pipa de tabaco, la fuma y la pasa al que le sigue para que circule entre todos los que componen el consejo, hasta que vuelve á manos del gefe. Concluida esta ceremonia, que se hace en el mas profundo silencio, el gefe comienza á manifestar al pueblo la necesidad de emprender una campaña, ya para proveer con los despojos á las necesidades de la tribu, ya para vengar algun ultraje ú ofensa. Estas arengas son concebidas en un lenguaje figurado y eminentemente lógico y elocuente, y por lo regular son contestadas con furiosos alaridos, que significan el convencimiento y aprobación de los circunstantes. Aprobada la campa-